

*Veo entrar en Agnani la fleur-de-lys,
y Cristo y su propio Vicario hechos cautivos.
Le veo otra vez escarnecido.
Veo renovados el vinagre y la hiel,
y entre ladrones vivos veo quitarle la vida.*³⁰

La elegía que Dante dedicó a Bonifacio no anulaba sus fieras invectivas anteriores; ni Dante ni sus contemporáneos vieron contradicción alguna en esta actitud. El Vicario de Cristo y el monarca papal eran dos entes distintos. El hecho de que fuera imposible reducir uno a sus justos términos sin ofender al otro era la paradoja que se ocultaba en el corazón mismo del poder papal, paradoja de la que extrajo su fuerza temporal mientras la mayoría de los europeos reconoció su supremacía espiritual.

Benedicto XI, el efímero sucesor de Bonifacio, maldijo abiertamente el lugar que, por la apatía de sus ciudadanos, había contribuido a que el ultraje fuera posible. «Oh, miserable Agnani, que tú hayas permitido que se cometiera tal bajeza dentro de ti. Que ni el rocío ni la lluvia caigan sobre ti, pues, aunque tú pudiste defenderlo, el héroe cayó y fue vencido, el que estuvo investido de poder.»³¹

Aunque no lo sabía, Benedicto estaba pronunciando también la oración fúnebre del período heroico del Papado. Murió antes del año, y entonces fue elegido en Francia un francés, Clemente V, que se quedó en su país y transformó así la Iglesia universal en una capilla del rey francés. Felipe, queriendo destruir para siempre la espléndida y arrogante sombra de Bonifacio, organizó un proceso póstumo para condenarle por hereje y establecer, por tanto, que nunca había sido papa. Pero Clemente, a pesar de ser un muñeco en manos del rey, le escamoteó esta última satisfacción. El proceso nunca llegó a un veredicto.

CUARTA PARTE

El papa errante

BARTOLOMEO PRIGNANO

Papa Urbano VI (1378-1389)

30. Dante, *Purgatorio*, XX, 87.

31. Citado en Gregorovius, *Rome*, V, 591

Aviñón, septiembre de 1376

Desde antes del amanecer, una multitud silenciosa se había congregado ante el palacio de los papas, el gran edificio que descollaba como una montaña blanca sobre las estrechas y malolientes calles de Aviñón. En su interior, los funcionarios palaciegos se afanaban en las últimas faenas que les había impuesto la súbita y asombrosa decisión del papa Gregorio VII. Durante meses —en realidad, durante años— habían corrido rumores de que el Papado volvería a Italia, pero la prudencia había enseñado desde hacía mucho tiempo a desecharlos. El Papado nunca volvería a aquella tierra violenta y traicionera.

Después se había producido la visita de la voluble, imperiosa y elocuente doncella sienesa, Catalina Benincasa, que había volcado toda la fuerza de su personalidad sobre Gregorio, amenazando, urgiendo, suplicando su regreso. Pero el mundo no prestó excesiva atención al hecho. No había ninguna razón para que aquella mística curiosa y sin padrinos triunfara donde habían fracasado estrepitosamente gigantes de la talla de Dante y Petrarca. Los cortesanos aviñoneses emprendieron hábilmente la tarea de desacreditarla.

Gregorio la recibió cordialmente, pero se la quitó de encima cautamente, y los rumores languidecieron una vez más. Después, casi de la noche a la mañana, el atormentado pontífice tomó su decisión: la curia regresaría a Roma. Una vez dicho, era imposible volverse atrás; los voluminosos equipajes ya habían sido enviados por delante y, ahora, en esa mañana del 13 de septiembre, la corte se disponía a partir.

A media mañana daba la impresión de que todo Aviñón, y buena parte de los pueblos y aldeas de los alrededores, se había reunido en

la plaza y las calles que rodeaban el palacio. La partida de la curia significaba un desastre financiero para varios miles de mercaderes y artesanos que se habían ganado hasta entonces la vida gracias a la munificencia de los papas. Aviñón volvería inexorablemente a su condición provinciana, de la que había sido sacada tan inesperadamente setenta años antes; y la riqueza de Europa, canalizada por los múltiples organismos de la Iglesia universal, pasaría nuevamente de largo. La muchedumbre había acudido a presenciar el fin de un período glorioso, o quizá también con la esperanza de que un milagro hiciera cambiar de opinión a Gregorio.

El papa salió de palacio a última hora de la mañana. Todavía joven —no había cumplido aún los cuarenta y cinco años—, era, sin embargo, un hombre encorvado, atormentado, casi vencido por aquellos meses en que había sido el blanco de los partidos en pugna. Todas las consideraciones personales y políticas le aconsejaban permanecer en aquella lujosa y segura ciudad del Ródano. Sus cardenales miraban la partida con una mezcla de ira y desesperación, y él sabía muy bien cuán frágil era la lealtad de un cardenal aviñonés. Deseaba quedarse, porque quedarse era lo racional; pero una fuerza completamente irracional le empujaba, y con él, a todo el vasto aparato de la curia. De pie sobre los escalones, contempló un momento a la multitud y después avanzó; en aquel momento, su anciano padre se arrojó a sus pies en un gesto melodramático. «Hijo mío, ¿dónde vas?», gritó. «Está escrito —respondió Gregorio lentamente— que pisotearás al áspid y al basilisco»,¹ y pasó por encima del cuerpo de su padre. Después se produjo otro breve retraso, cuando la mula que intentó montar reculó y se negó a aceptarle. Esperó inmóvil a que le trajeran otra mula, ignorando los murmullos sobre avisos y malos presagios. La nueva montura resultó dócil y se subió en ella; seguido de su corte, salió de la ciudad para iniciar la primera jornada del largo y peligroso viaje a Roma.

Bartolomeo Prignano, arzobispo de Bari y ayudante del vicescanciller de la curia, era uno de los miembros del cortejo. En realidad, la parte más vital de la curia no podría haberse movido sin él, pues tenía a su cargo los siete despachos de la cancillería, cada uno con sus correspondientes enjambres de escribanos, abogados, calígrafos y *bullatores*, con sus decenas de miles de legajos, sus sellos, sus cintas, expresión física de la tela de araña que Aviñón había tejido alrededor de la Cristiandad. «El pequeño obispo», le llamaban, pero burlona, no afectuosamente, pues en este jurista

1. Baluze, *Vitae*, I, 481.

napolitano no había nada que inspirase afecto. Era bajo, rechoncho, de facciones incorrectas; años de mediana alimentación y confinamiento en oficinas oscuras y mal ventiladas habían descolorido su piel cetrina original.

Al contrario que la mayoría de los altos funcionarios de la curia de Aviñón, Prignano había llegado arriba por el camino difícil, sin que le ayudaran las relaciones principescas de su familia. Era un ejemplo vivo del principio de que únicamente en la Iglesia podía hacer buena carrera un hombre de paz. Nacido en un barrio pobre de Nápoles —hablaba todavía con fuerte acento napolitano—, era ahora arzobispo. Pero aquél era un título bastante vacío. Se lo habían dado exclusivamente porque un burócrata de su posición tenía que tener alguno. Hasta su cargo era ambiguo. No había canciller —los asuntos de esa importancia los llevaba directamente el papa—, y él era solamente asistente del vicescanciller, un arrogante francés que le trataba con desprecio. La posibilidad de que Prignano diera el salto final y se convirtiera en cardenal era extremadamente remota. Se necesitaba algo más que dedicación a los deberes clericales, habilidad legal e integridad financiera para llegar a príncipe de la Iglesia, a miembro de aquel minúsculo Sacro Colegio en cuyas manos reposaba el don del Papado. Se necesitaba influencia y dinero, y Prignano andaba bastante escaso de ambas cosas. Se necesitaba, además, un poderoso monarca detrás del candidato para que sobornara o amenazara al pontífice, y el monarca de Prignano, Juana, reina de Nápoles, no podía permitirse ninguno de esos dos lujos. Estaba en deuda con Aviñón por el insignificante asunto de la absolución por el asesinato de su marido, y era muy improbable que pusiera en peligro su inestable posición ejerciendo una presión excesiva en favor de su arzobispo.

Por tanto, era lógico suponer que Bartolomeo Prignano, a sus cincuenta y ocho años, había subido ya todo lo que podía subir en este mundo. Ciertamente el trabajo de la cancillería era entonces más complejo, y potencialmente más importante de lo que lo había sido nunca en la historia de la curia. Tras la espectacular caída de Bonifacio, la curia tuvo que ceder mucho terreno. Los juristas canónicos seguían escribiendo tratados que establecían, al menos para satisfacción de los autores, la supremacía temporal del papa. La curia seguía interviniendo allí donde un monarca tímido o una situación confusa permitía al Papado ejercitar sus derechos temporales. Las inacabables guerras de Italia que se tragaban más de la mitad de los ingresos estaban allí para probarlo. Pero, a efectos prácticos, el Papado de Aviñón se había limitado, por lo general, a

f
i
\
retirarse en orden del mundo para acumular, no virtudes, sino oro.

La maquinaria fiscal de la Iglesia, cuyos engranajes iban desde los monarcas más poderosos hasta los más humildes párrocos de aldea, era quizás el sistema más eficaz ideado nunca para extraer oro a escala continental. Y con esas extracciones venía el papeleo —las bulas, los informes de los legados, las cartas, las peticiones—, esa avalancha de documentos que acompaña inevitablemente al tintineo de las monedas. Todos esos documentos, que abarcaban a toda Europa, pasaban en una etapa u otra por las manos de Bartolomeo Prignano. Sentado silenciosamente en su polvorienta oficina, probablemente sabía más de las actividades de la curia que cualquiera de los cardenales que se pavoneaban por las lujosas estancias del palacio.

Salvaje, dictatorial con sus inferiores, taciturno con sus superiores, amargado, frustrado, esa era la opinión que tenían en Aviñón de Prignano, cuando se molestaban en formarse una opinión de él. Prignano tenía buenos motivos para estar amargado, aparte de las razones de ambición personal. Enterrada muy hondo en su alma, casi estrangulada por la telaraña legal en que se movía, había en él una genuina piedad que se sentía ofendida por el desmedido lujo de la corte aviñonesa. Y, desde luego, no era el único que consideraba Aviñón un centro corrupto y corruptor, una «Babilonia de Occidente». Fue nada menos que Petrarca, el gran erudito y poeta, el autor de este significativo apodo al que se aferraron sus muchos enemigos. Es posible que Prignano desconfiara de aquel hombre, y se sintiera perplejo ante la adulación dedicada a ese tejedor de palabras, a ese exponente de una nueva cultura; como más tarde desconfió y se sintió perplejo ante otra tejedora de palabras: Catalina de Siena, con sus voces sobrenaturales y sus regañinas muy terrenas. Pero aunque desaprobaba sus maneras, seguramente estaría de acuerdo con ellos en el fondo de la cuestión: la condena de Aviñón como compendio de todo lo que era lujurioso y ofensivo para su carácter puritano.

Él, que consideraba los alimentos un simple combustible, no podía por menos de escandalizarse ante los fantásticos banquetes con que se regalaban el papa, los cardenales y los potentados que los visitaban, banquetes en los que cada uno de los innumerables platos, servidos en vajillas de oro macizo, iban precedidos por una profusión de regalos, entre los que figuraban desde joyas hasta caballos. Él, que habitualmente vestía las ropas más sencillas y burdas, no podía sentir sino desprecio ante las sedas y las pieles que acariciaban las delicadas epidermis de los prelados franceses: ropas

tejidas en oro y traídas desde Damasco, sedas de Toscana, brocados de Venecia, Oriente y Occidente contribuían con sus productos más exquisitos al adorno del papa y los cardenales, y todo ello se pagaba, naturalmente, con el dinero de la Iglesia.

No era de extrañar que Aviñón tuviera una constante necesidad de dinero. «Siempre que entraba en las cámaras de los eclesiásticos, me encontraba cambistas y clérigos ocupados en pesar y examinar el dinero que había en montones ante ellos.»² Ésas son las palabras de su predecesor en la cancillería, Alvaro Prelayo, un defensor tan firme del Papado como Prignano, pero que, como éste, se sentía lleno de preocupación al pensar en el posible final de aquella danza dorada.

Pero el carácter de los papas franceses ofendía a Prignano más aún que el lujo de Aviñón. Habían desfilado seis por el trono; algunos, hombres buenos aunque débiles; otros, avarientos; otros, en fin, hedonistas joviales, y todos desastrosos. «Nuestros dos Clementes han destruido más en la Iglesia de lo que podrían restaurar siete de tus Gregorios», confesó un prelado francés a Petrarca.³

El primero había sido Clemente V, el pontífice timorato que había llevado el Papado a Aviñón y se había acurrucado bajo la sombra protectora del rey francés. Después vino Juan XXII, al que habían llamado el Banquero de Aviñón. Destruyó a los pocos frailes que se habían alzado con la terrible herejía de afirmar que Cristo y sus discípulos habían sido pobres, que amasar riquezas iba en contra de sus enseñanzas. Juan fue el creador de aquel sistema financiero fantásticamente complejo, que hacía de los ascensos en el escalafón de la Iglesia una especie de partida de ajedrez, en la que el movimiento de cualquier pieza provocaba invariablemente una lluvia de oro sobre Aviñón. Se vio rodeado por un cierto tufillo de herejía, pero una confesión en su lecho de muerte le exculpó de tal acusación. Quizá la prueba más sólida de su ortodoxia fueron esos cuatro millones de florines que tenía en exceso el tesoro cuando murió.

La danza de los millones sufrió una breve interrupción con el sucesor de Juan, Benedicto XII, el corpulento hijo de un carpintero, gran perseguidor de herejes pero hombre honesto que sentía un asombroso odio por el nepotismo. Los parientes que volaron a Aviñón nada más recibir la dorada nueva de su elección volvieron pronto a sus casas con la cabeza gacha. «Como Jacques Fournier

2. *De planctu ecclesie*, citado en Pastor, I, 72.

3. Petrarca, *Lettres sans titre*, XIX.

te conozco; como papa no te conozco», o «Un papa debía ser como Melquisedec, sin padre, madre, ni genealogía».

Europa conoció una breve suspensión de las rapacidades de los recaudadores de impuestos, pues Benedicto, tan competente como frugal, era capaz de regir la Iglesia con menos de la cuarta parte de lo que habían exigido sus predecesores, y, aun así, le sobró lo suficiente para financiar las guerras italianas y fundar el gran palacio de Aviñón. Murió, y su epitafio fue el odio y las burlas de la corte. «Fue un hombre duro, obstinado y avaricioso», escribió uno de los cortesanos papales, alardeando tras la muerte del hombre del que no se había atrevido ni a murmurar durante **su vida**. «Amaba mucho el bien, y odiaba el mal. Era remiso en conceder favores, y negligente en cuestiones de ceremonial. Era más adicto a las bromas indecorosas que a la conversación cortés. Bebía tanto, que la frase "Bebamos como un papa" se puso en boga durante su vida. Fue un Nerón..., una víbora para los clérigos.»⁴ Los cardenales, ansiosos de olvidar el resabio que les había dejado aquella forzada austeridad, eligieron con notable unanimidad a un hombre de sus inclinaciones: Pierre Roger de Beaufort, hijo del señor de Rosiers, pariente del rey, un sacerdote feliz, espléndido, con gran afición a los placeres de la mesa, cultura considerable, y una indiscreta pasión por las mujeres. Adoptó el nombre de Clemente VI y superó las esperanzas que habían depositado en él los cardenales. La indiscriminada largueza de que hizo gala en la inauguración de su reinado dejó profundas huellas en el tesoro acumulado en Aviñón y alarmó a los funcionarios encargados del mismo. «Mis predecesores no supieron ser papas —respondió alegremente Clemente ante sus protestas—. El único deber de un príncipe es que sus súbditos se marchen contentos.»⁵

Era un principio excelente para los cercanos súbditos de Aviñón, pero bastante menos atractivo para los súbditos distantes que, en último término, eran los que tenían que pagar. «Se encargó a los Apóstoles que condujeran el rebaño a los pastos, no que lo trasquilaran», refunfuñó Eduardo de Inglaterra, y su Parlamento se dispuso a levantar algún tipo de barrera que cortase aquella continua sangría de oro. Pero el oro seguía afluyendo a Aviñón, y el sistema fiscal fue capaz de atender incluso las demandas de un Clemente.

Y las demandas eran gigantescas. Se convocó a un buen número de artistas para que cubrieran con brillantes frescos los desnudos

muros del palacio. Orfebres, peleteros, merceros, bordadores, todo tipo de artesanos que trabajara en metales preciosos o materiales nobles, todo mercader que trajera productos raros encontraba en la corte de este papa espléndido, precursor del Renacimiento, un mercado bien dispuesto. Pero no fue tanto esta extravagancia lo que provocó la ira de los moralistas como ese otro canal equívoco por donde se desviaba el oro de San Pedro.

Clemente no hacía ningún secreto de su afición a las compañías femeninas. Villani, el sobrio mercader florentino, observa con desaprobación que

...cuando era arzobispo no se apartaba de las mujeres, sino que vivía a la manera de los nobles jóvenes, y tampoco de papa intentó controlarse. Las nobles damas tenían el mismo acceso a su cámara que los prelados y, entre ellas, la condesa de Turenne era tan íntima que, en gran parte, él distribuía sus favores por mediación de ella.

Villani, que vivía en la distante Italia y era vecino de una ciudad que andaba siempre en pleitos con el Papado, pudo dejarse llevar por los prejuicios, pero Petrarca, que vivía en Aviñón, era más explícito y considerablemente más venenoso. Clemente había hecho mucho por el joven poeta y, según el propio Petrarca, estaba deseando hacer más. Sin embargo, en aquella serie de cartas terribles en las que ataca a Aviñón —cartas que tuvo buen cuidado de no publicar—, Petrarca hace responsable a Clemente de aquel escándalo para la Cristiandad; a Clemente y a su condesa, «ese Dionisio eclesiástico con sus obscenos e infames artífices y su Semíramis, fundidos en incestuosos abrazos».⁷ Los cortesanos no tardaron en darse cuenta de que la bella condesa de Turenne era la llave que permitía el acceso al supremo cargo; ella y su familia supieron enriquecerse a costa de eso.

La muerte de Clemente marca el final de aquel lamentable espectáculo; los excesos traen aparejados su propio correctivo. La cuestión de si la sede del Papado debía o no estar en Roma dejó de ser un simple tema de discusión académica. Los Estados Pontificios, la base real de la monarquía papal, se perderían a menos que el pontífice regresara a Roma. Toda Italia estaba al borde de la revuelta, exasperada por la incompetencia y la crueldad de los

4. Baluze, *op. cit.*, I, 241.

5. *Ibid.*, 239 ss.

6. M. Villani, III, cap. XLIII.

7. Petrarca, *op. cit.*, XVI.

legados de Aviñón. El dulce y virtuoso Urbano V, sucesor de Clemente, cedió al fin a las crecientes demandas y devolvió la curia a Roma. Pero durante su breve estancia allí se vio sometido a constantes presiones por parte de sus cardenales, que suspiraban por las comodidades perdidas de Aviñón, y a los continuos ataques militares de los italianos, para los que el Papado era ahora un poder francés. Urbano regresó entristecido a Aviñón, y sus cardenales se regocijaron. El experimento, al parecer, había terminado.

Pero cuando murió Urbano, y Gregorio ocupó su puesto, resurgieron las súplicas italianas. Petrarca, ya viejo pero siempre fiero cuando se trataba de su apasionado amor por Roma, de su apasionado odio por Aviñón, cogió la pluma de nuevo. Y, por último, cuatro meses antes, había llegado el más extraño y más poderoso de todos los abogados italianos: Catalina Benincasa, la hija de un tintorero de Siena, la mujer a la que los italianos consideraban ya santa.

Prignano conocía ya a Catalina. Había llegado como enviada de la ciudad de Florencia para que defendiera su caso ante Gregorio. Los florentinos habían actuado de jefes en una reciente revuelta italiana contra el Papado, y, consiguientemente, su ciudad se encontraba bajo interdicto. Durante meses, los muertos habían sido enterrados sin ceremonia religiosa alguna, las iglesias estaban cerradas, los recién nacidos eran lanzados al mundo sin recibir el bautismo, todos eran tratados como proscritos. Se habían rebelado de nuevo, obligando a los sacerdotes a cumplir con sus deberes por la fuerza, y sólo habían conseguido mayores castigos. Al fin aceptaron la oferta de Catalina de ir a Aviñón a interceder por ellos.

Aquel paso resultó algo tormentoso. Los florentinos cambiaron de opinión y la desautorizaron mientras ella se encontraba todavía camino de Aviñón. Pero, aunque había fracasado en su misión política, abrazó, con más fuerza si cabe, su misión espiritual: la unión del pastor a su rebaño. Prignano no había estado presente en la primera reunión de la santa y el papa, pero sabía todo lo ocurrido en ella, como lo sabía todo Aviñón. Sabía que Catalina había iniciado la entrevista con una vigorosa denuncia de Aviñón: aquí, donde residía el corazón de la Iglesia, dijo, ella había esperado encontrar el paraíso, y se había encontrado con un sucio infierno. Cuando Gregorio preguntó, en tono bastante razonable, cómo podía saber aquello en las pocas horas que llevaba en la ciudad, Catalina replicó indignada: «En nombre de Dios te digo que, viviendo en la ciudad donde nací, he visto más sucios pecados cometidos aquí en la curia romana que los que han visto quienes viven realmente aquí y los

cometen aquí.»⁸ Gregorio no tuvo nada que oponer a estas pretensiones adivinatorias y guardó un prudente silencio. Catalina salió victoriosa de la primera entrevista.

Estas anécdotas se transformaron rápidamente en leyenda. Las chismorrerías de Aviñón repetían alegremente el cuento de la querida de un cardenal que intentó acercarse a Catalina, y cómo ésta se apartó con evidente repugnancia física. «Si supieras cómo hiede a pecado», contestó la santa a un compañero que le reprochó su poco diplomático gesto. Es poco probable que esas manifestaciones de santidad conmovieran a la mundana corte de Aviñón; y todavía menos probable si se tiene en cuenta que los cardenales sabían muy bien que el objetivo principal de Catalina era arrancarles de sus confortables vidas y hundirlos en el infierno italiano. Se puso en marcha una cuidadosa campaña para denigrarla, y Gregorio se encontró entre dos fuegos: Catalina tiraba de él hacia adelante; sus cardenales le empujaban hacia atrás.

En lo que a Prignano se refiere, Catalina representaba todo lo que suscitaba en él la desconfianza: el misticismo que había hecho nacer innumerables herejías en el último siglo; la intervención de las mujeres en la política de la Iglesia; los entusiasmos burbujeantes y falsos. Todo lo que había de racional en él, todo su amor por el orden, le impulsaba a rechazarla. Inicialmente había pertenecido al bando de sus detractores, pero poco a poco también él cayó víctima de su elocuencia, y pasó de la neutralidad hostil al apoyo pasivo. Nunca se definió abiertamente; el partidismo era algo completamente ajeno a su carácter. Pero, a su manera, como los topos, trabajando cautamente entre bastidores, contribuyó a dar fuerza a esa oculta pero poderosa corriente que arrastró bruscamente a Gregorio y a su curia fuera del refugio que les había acogido durante setenta y tres años. Catalina salió de Aviñón el mismo día que la corte, pero lo hizo por separado, intentando volver a su vida privada. Sin embargo, ella y Prignano se verían de nuevo, en circunstancias muy curiosas y en el mismo centro de la vorágine: Roma.

8. Capuana, 152.

Cisma: Roma, 1378

Dieciocho meses después de haber salido de Aviñón, Gregorio moría en Roma, amargamente arrepentido, así decía un francés, de haber escuchado las profecías de los visionarios y haber llevado la Iglesia a Roma y al borde del desastre. Los primeros días de su estancia fueron una especie de luna de miel entre él y la ciudad. Los romanos saludaron con alegría el aparente retorno de su riqueza y su gloria. Pero Roma ya no hablaba en nombre de Italia. Por toda la península se estaban alzando las ciudades en una rebelión nacional contra los terribles mercenarios papales, heraldos del Vicario de Cristo.

Gregorio no había dado mucho crédito a las seguridades de Catalina de que Italia le esperaba como espera un hijo a su padre, y había enviado por delante a un príncipe de la Iglesia para que le preparara el camino.

Roberto, cardenal de Ginebra —un hombre cojo y bizco que sentía una insaciable sed de sangre, cuya indumentaria preferida era la armadura, y cuyos compañeros preferidos eran los mercenarios rufianes— descendió sobre Italia al frente de una horda de mercenarios bretones que eran temidos hasta por sus colegas de profesión. Ciudades hostiles y amigas recibieron el mismo trato.

La pequeña urbe de Cesena, que había permanecido fiel al papa en todo momento, se lanzó a la rebelión por culpa de los bretones acuartelados en ella. Roberto de Ginebra, naturalmente, envió otra banda de mercenarios contra los ciudadanos. Cuatro mil personas fueron asesinadas durante una noche y un día de matanzas; el resto fue enviado al exilio. La noticia se propagó con rapidez, y la matanza

hizo de catalizador en todo el Norte de Italia, convirtiendo los motines esporádicos en rebelión nacional.

Con este telón de fondo, el atormentado Gregorio intentó restablecer el Papado en Italia. Al igual que Urbano, se vio sometido a las protestas de sus cardenales y a los proyectiles italianos; al igual que Urbano, hubiera abandonado su proyecto, pero la muerte le sorprendió cuando aún estaba en Roma. Durante los últimos días de enfermedad, vio bastante claramente lo que ocurriría a continuación. La ley de hierro del cónclave decretaba que el papa tenía que ser elegido en el mismo lugar en que había muerto su predecesor, y era evidente que una elección en semejantes circunstancias significaría unas tensiones enormes, quizás intolerables, sobre el mecanismo del cónclave.

En un intento de eludir lo inevitable, promulgó una bula decretando que el cónclave se reuniera sin esperar a los cinco cardenales que habían quedado en Aviñón como delegados; que únicamente se necesitaría una mayoría de dos tercios; y que —aquí era donde se manifestaban con claridad sus temores— el papa electo sería reconocido por todos, aun en el caso de existir una minoría que disintiera. Ordenaba también que el castillo de Sant'Angelo permaneciese en manos de una guarnición francesa. Murió el 27 de marzo. Once días después se reunió el cónclave, el primero que presenciaban los romanos, el primero en el que los italianos podían influir desde hacía setenta y cuatro años.

Lo único que todos veían claro respecto al inminente cónclave era que habría problemas, pues las tumultuosas turbas romanas estaban ya en la calle. Los magistrados de la ciudad hicieron todo lo que pudieron. Se colocó un leño y un hacha en la plaza de San Pedro como advertencia pública, se deportó a los nobles y se reforzó la guarnición de las puertas de la ciudad. Sin embargo, los magistrados se creyeron en el deber de advertir a los cardenales que sus vidas correrían peligro si no elegían un papa romano, o por lo menos italiano. La muchedumbre se agolpaba alrededor de los cardenales cuando éstos se dirigieron al Vaticano, vociferando «¡Romano o italiano, tendremos un papa romano o italiano!». Jean Froissart, el cronista francés, hace una descripción significativamente confusa del asunto, y recoge una amenaza pintoresca: «Dadnos un papa romano... o haremos que vuestras cabezas sean más rojas que vuestros sombreros».⁹

9. Froissart, II, cap. XII.

En aquel momento había en Roma dieciséis cardenales; diez eran franceses, y sólo cuatro italianos. Pero los franceses estaban divididos en dos bandos —los llamados «limousin» y «francés»—, cada uno de ellos tan celoso del otro como de los italianos. Los «limousin» ya habían amañado la elección de tres papas aviñoneses y tenían la firme intención de mantener su lucrativa actividad. Sus compatriotas y rivales estaban tan decididos a arrebatársela la presa, que se aliarían con los italianos si era necesario. Roberto de Ginebra, el Carnicero de Cesena, no pertenecía por nacimiento a ninguno de los grupos nacionales, pero estaba alineado con los «franceses». El decimosexto cardenal, el español Pedro de Luna, era neutral.

El 7 de abril, a media tarde, los cardenales fueron encerrados en la cámara superior del Vaticano, pues el antiguo Palacio Laterano era ya un cascarón carbonizado. La multitud aguardó fuera hasta bien entrada la noche. Alborotadores borrachos se abrieron paso hasta el salón de la planta baja, apilaron unos materiales inflamables y hasta intentaron atravesar con sus lanzas el techo que les separaba del salón donde estaba reunido el cónclave. Al amanecer, la gran campana del Capitolio empezó súbitamente a tañer con el toque de alarma llamado *a storno*, en Italia la señal universal para llamar a las armas. Las campanas de San Pedro respondieron inmediatamente y, aunque estas señales de alarma no eran oficiales —se debían a grupos de amotinados—, sirvieron al menos para recordárselos a los aterrorizados franceses que estaban en una ciudad enemiga. Al fin habían llegado a convencerse de que no había más remedio que elegir un papa italiano, pero los cuatro italianos presentes estaban descalificados por diversas circunstancias: los cardenales de Milán y Florencia procedían de ciudades que habían estado recientemente en guerra abierta con el Papado; el cardenal de San Pedro era demasiado viejo; el cardenal Orsini era demasiado joven y demasiado ambicioso. Y fue éste el primero que hizo la peligrosa sugerencia de que debían nombrar un papa provisional y elegir posteriormente el definitivo en un lugar más seguro. La sugerencia fue rechazada, pero más tarde se recordaría, corregida y aumentada. Al escuchar las desventajas que iban siendo expuestas, el cardenal de Limoges adoptó la postura, cada vez más extendida, de que el candidato debía ser alguien que no perteneciera al Sacro Colegio. Y propuso a Bartolomeo Prignano. Tras un momento de silencio, los demás aceptaron, y Orsini fue a la ventana para anunciar la elección.

El estruendo exterior había ido en aumento, y las palabras de Orsini fueron mal interpretadas, provocando una grotesca escena.

Al parecer, gritó: «Id a San Pedro», y la muchedumbre supuso que se había elegido al cardenal de San Pedro. Un prelado francés intentó corregir el error gritando: «Bari, Bari», y los romanos creyeron que los habían engañado, que el Sacro Colegio había elegido en realidad al «limousin» Jean de Bar.¹⁰ Ante esto, se desbordó la furia popular. Armados y decididos a todo, los cabecillas de las turbas se abrieron paso por la fuerza hasta el interior del Vaticano. Los cardenales, temiendo por sus vidas, obligaron al infortunado cardenal de San Pedro a enfundarse en las vestiduras papales y lo sentaron en el trono. El anciano era un inválido, y estaba agotado además por aquellas horas de miedo y tensión; al parecer, sufrió un ataque de histeria. Desvariaba y maldecía a los que se arrodillaban ante él para recibir su bendición. Pasó largo tiempo antes de que el error pudiera aclararse definitivamente. En Pisa se celebró oficialmente su elección, y, en Francia, Froissart afirmó que el anciano fue papa durante tres días y murió a causa de las excesivas demostraciones de júbilo de los romanos.

Prignano permaneció en el Palacio Vaticano mientras duró el cónclave. Se había comprado recientemente una casa y una viña en la ciudad, pero era imposible vivir en una casa particular durante aquellos días tumultuosos. Su posición había mejorado considerablemente desde la muerte de Gregorio, a causa de las disensiones en el Sacro Colegio. Le habían invitado a asistir a las reuniones secretas del gobierno civil de Roma y se había negado firmemente a intentar convencer a los cardenales para que eligieran un italiano. Incluso dentro del Colegio, algunos habían empezado a mirar especulativamente a este industrioso burócrata, pensando quizá que, aunque era italiano, era también napolitano, y la reina de Nápoles estaba en muy buenas relaciones con Aviñón.

Por lo tanto, Prignano no se sorprendió demasiado cuando le llegó la noticia. Hizo las protestas de rutina, aunque en este caso la rutina fue sincera: «No soy digno, pero no me opondré a la voluntad divina».

Pero cualquier orgullo que pudiera sentir se ahogó rápidamente a consecuencia del desafortunado método de anunciar la noticia. El cardenal de Florencia vino a comunicárselo oficiosamente, pero no hubo proclamación. En lugar de eso, continuaron las discusiones, los argumentos y las entrevistas, no sólo como si el cónclave no hubiera llegado a una decisión, sino como si no se hubiese reunido

10. Valois, I, 52.

todavía. Algunos cardenales habían abandonado precipitadamente la ciudad; otros se apresuraron a refugiarse tras los gruesos muros de Sant'Angelo, defendidos por la guarnición francesa. Prignano se pasó la segunda noche esperando la acostumbrada delegación de cardenales, la delegación que se arrodillaría a sus pies, aceptaría su bendición, solicitaría sus favores. Pero no acudió nadie.

A primeras horas de la mañana siguiente, un prelado español informó de un curioso incidente a su superior, el cardenal de Luna. Había ido a visitar al nuevo papa, que encontró acompañado sólo de dos cardenales, los de Florencia y Milán. Prignano, informó el español, estaba inquieto, deprimido. ¿Era o no era el papa? Había enviado a buscar a los cardenales, pero éstos le habían respondido con excusas, excusas humillantemente mezquinas: los caminos eran peligrosos; no tenían ropas adecuadas. Irían más adelante... quizá.

Pero Prignano contaba con el apoyo de los magistrados de la ciudad. Éstos sabían mejor que nadie lo que ocurriría si los romanos volvían a sentirse defraudados. Enviaron mensajeros armados en busca de los cardenales y les exigieron su presencia en el Vaticano. Gradualmente, la confusión se fue aclarando. Los cardenales quizá no se sintieron muy entusiasmados con el nuevo papa, pero sabían muy bien los peligros que les acechaban. El viernes 9 de abril, por la mañana, Prignano fue proclamado papa oficialmente, recibió el homenaje del Sacro Colegio y adoptó el nombre de Urbano VI. Se informó a las potencias europeas y a los cardenales que estaban en Aviñón que había un nuevo papa, y los miembros del Colegio solicitaron de él los acostumbrados favores temporales y espirituales. Nueve días después, Urbano era coronado con el ceremonial debido. Parecía como si el cónclave de 1378 fuese a pasar a la historia como un episodio violento pero sin demasiadas repercusiones. Y eso hubiera sucedido realmente, de no ser por el carácter del nuevo papa.

Según su secretario, Dietrich von Niem, el poder absoluto que tan repentinamente había caído en sus manos trastornó su cerebro, transformando al burócrata corto de ánimos en un tirano colérico. Es probable que Dietrich tenga razón. Prignano había ocupado una posición subordinada durante toda su carrera. Socialmente hablando, carecía de las gracias que le hubieran permitido alternar con los altos cargos de la curia. Era muy inteligente y muy culto, pero estaba completamente desprovisto de sentido del humor y era incapaz de pasar por alto pequeñas cosas para obtener otras más importantes. Tenía muchas cualidades excelentes. Dietrich von Niem, el único hombre en quien confiaba, le conoció tanto de burócrata como de papa y sería el encargado de registrar sus peores actos.

Sin embargo, le recuerda como «un hombre humilde y devoto, que mantuvo sus manos limpias de todo regalo, enemigo y perseguidor de los simoníacos, amante de la justicia y la caridad, pero confiaba demasiado en su propia prudencia y creía con mucha facilidad a los aduladores».¹¹ La prudencia era la única cualidad importante que no poseía el papa Urbano VI.

Urbano actuó durante las primeras semanas de su reinado poseído de un intenso resentimiento, de un deseo muy humano de meter en cintura a aquellas suntuosas criaturas, los cardenales de Aviñón. Sabía muy bien que le habían elegido, en el mejor de los casos, como un tapa-agujeros, y, en el peor, como un papa provisional. El primer consistorio de cualquier papa era siempre una reunión delicada, el momento en que un hombre se enfrentaba a los que habían sido sus iguales, o sus superiores, y ahora eran inconmensurablemente inferiores, pero con el poder suficiente todavía para crearle o destruirle, según le dieran o retiraran su apoyo. La primera reunión oficial de Urbano con sus cardenales fue absolutamente desastrosa, y puede decirse que en ella se originaron todos los males posteriores.

Los cardenales de la Iglesia Romana eran príncipes en el pleno sentido de la palabra. Su número había ido decreciendo constantemente durante el siglo anterior, especialmente en el período de Aviñón, durante el cual los papas, inhibidos por sus relaciones con la Corona francesa, se habían resistido a crear cardenales no franceses. En consecuencia, los cardenales franceses habían elegido papas franceses, y éstos, a su vez, conscientes de la necesidad de conservar la amistad del rey francés, habían creado más cardenales franceses, cerrando así un círculo de poder en el que los papas dependían completamente de la buena voluntad del Sacro Colegio. El poder de los cardenales era tan grande fuera del Sacro Colegio como dentro. Todas las grandes potencias de Europa comprendían la necesidad de tener algún amigo en la corte, y estaban dispuestas a pagar generosamente el privilegio.

La riqueza de los cardenales era enorme. Aparte de los regalos que recibían de los monarcas europeos, los cardenales estaban en íntimo contacto con el complicado sistema que succionaba oro de toda Europa. Les correspondía por derecho la mitad de los ingresos de la Santa Sede: la mitad del dinero de San Pedro, la mitad de los ingresos por impuestos, la mitad de los regalos. Era costumbre

11. Dietrich, 122-23.

que el papa elegido hiciese valiosos obsequios en especies a los cardenales. Además, todos tenían múltiples beneficios legales: una iglesia en una ciudad de Inglaterra, una canonjía en una ciudad escandinava, un obispado en Italia. Todos los europeos, campesinos y mercaderes, pescadores, duques, prostitutas, reyes, todos, contribuían, poco o mucho, a aquellos veintitantos ríos de oro, cada uno de los cuales desembocaba en el cofre de un cardenal.

Y era oro lo que contaba, y no en forma simbólica, sino en la muy real de brillantes monedas y objetos. Los cardenales poseían entre todos un peso enorme en monedas. Cuando murió el cardenal Hugh Roger, sus albaceas encontraron en su casa un tesoro escondido que equivalía casi a la circulación monetaria de toda Europa. En un cofre rojo había veintiún saquitos de oro, cada uno de los cuales contenía monedas de diversos orígenes. Encontraron además —en sacos, bolsas, cajas y hasta envueltos en telas— 5.000 florines de oro piamonteses; 5.000 coronas viejas de oro; 2.000 florines de oro aragoneses; 4.500 coronas de oro inglesas; 855 francos de oro; 500 ángels de oro; 97 ducados de oro; 1.000 florines papales de oro; 363 florines puros de Florencia; 511 florines sicilianos, y 900 florines de oro de la emisión llamada «du Grayle».

Éste era el tesoro escondido de un cardenal ni demasiado importante ni demasiado codicioso. En el Aviñón por el que ahora suspiraban, habían vivido rodeados del mayor esplendor, en palacios y jardines que formaban una ciudad de placer separada de la vieja urbe, Villeneuve, al otro lado del Ródano. Su paso por Aviñón era digno, no ya de príncipes, sino de reyes, pues sus largos cortejos de ayudantes y pajes hubiesen satisfecho al monarca de Francia o de Inglaterra. Algunos observadores se alegraban de la gloria que habían traído a la ciudad; otros se encolerizaban ante el espectáculo. Petrarca atacó a estos príncipes con su característico desprecio:

En el lugar de los apóstoles que iban descalzos, vemos ahora sátrapas montados en caballos revestidos de oro, con bridas de oro y hasta cuyos cascos irán pronto enfundados en oro, si Dios no limita su arrogante riqueza. Podrían pasar por reyes de los persas o de los partos, que exigen ser adorados y ante cuya presencia ningún hombre puede acudir con las manos vacías.¹²

Éstos eran los hombres que se enfrentaron al ex ayudante del

12. Petrarca, *Lettere familiari*, XIV.

vicecanciller, ahora supremo pontífice, en Roma, aquel mes de abril de 1378. Es muy posible que hubieran aceptado su nueva posición, incluso que se hubieran resignado a residir en Italia, si Urbano hubiese actuado con cortesía elemental. Pero la alocución inaugural que les dedicó, no sólo fue violenta, sino personalmente insultante. Derramó sobre ellos toda la bilis acumulada durante años y años de inferioridad. Cada cardenal recibió una andanada dedicada especialmente a él —su afición al poder, su escandalosa riqueza basada en la simonía, su inmoralidad, el olvido de sus deberes—, y todas en un lenguaje propio de un arrabal. La mayoría de las acusaciones estaban justificadas, pero la forma en que fueron formuladas hubiera sublevado al más paciente de los hombres. Le gritó a uno que cerrara la boca, llamó a otro embustero, loco a un tercero, y, con bastante precisión, calificó de bandido al cardenal-soldado de Ginebra. Al final del consistorio, mientras los taciturnos cardenales iban saliendo de la cámara, el de Ginebra se plantó ante Urbano y le dijo: «No has tratado hoy a los cardenales con el respeto que recibieron de tus predecesores. Te digo en verdad que, si tú rebajas nuestro honor, nosotros rebajaremos el tuyo».¹³

Y no fueron los cardenales los únicos en empezar a pensar que tenían que habérselas con un loco. «¡Yo puedo hacer cualquier cosa, cualquier cosa!», le aulló a un consejero que se había atrevido a dudar de su poder para castigar con la excomunión el más insignificante de los delitos. Nadie sabía de qué humor estaría cuando comparecía a su presencia. A veces se mostraba razonable, casi amable; pero, otras, la menor oposición provocaba en él un paroxismo de cólera, y su lenguaje se enriquecía extraordinariamente con los matizados insultos napolitanos.

Sus compatriotas tampoco escaparon a su furia. Los embajadores de la reina Juana, enviados para felicitarle, volvieron indignados por los insultos que había dedicado a su reina y a ellos. En su camino de vuelta a Nápoles se encontraron a un amigo de Santa Catalina y se desahogaron con él. Toda Italia, toda Europa, conocía de sobra a la reina Juana, pero ¿estaba bien, preguntaron, que el Santo Padre dijera tan terribles cosas de ella? ¿Y por qué había llegado al extremo de insultar a su marido Otón, y en público, en el gran banquete oficial? Otón se había arrodillado para ofrecerle, siguiendo la tradición, el aguamanil, y de rodillas se había quedado mientras Urbano fingía no verle.

«Este Santo Padre nuestro es un hombre terrible y asusta a la

13. Raynaldus, An. 1379, 16.

gente con sus palabras y su conducta», escribió un amigo a Santa Catalina que estaba contemplando el increíble espectáculo desde su Siena natal. «Sin embargo —añadía cautamente—, es todo para bien. Parece que tiene gran confianza en Dios y se esfuerza claramente por abolir la simonía y la gran pompa que reina en la Iglesia de Dios.»¹⁴

Los discípulos de la santa podían aprobar la abolición de la pompa y la simonía, aunque abrigaban sus dudas respecto de los medios elegidos; pero los cardenales, decididamente, no lo aprobaban. El comportamiento de Urbano fue empeorando continuamente a lo largo del verano, y culminó con un ataque físico al cardenal de Limoges en pleno consistorio. Uno a uno, los miembros del Sacro Colegio encontraron la excusa adecuada para salir de Roma, y, en septiembre, la mayoría de los franceses se habían congregado en Anagni, ciudad de tan ominosos recuerdos para el Papado. Enviaron discretos mensajes a los otros cardenales, invitándoles a discutir la situación. ¿Podía ser depuesto Urbano? ¿Era en realidad papa, teniendo en cuenta que la elección se había efectuado bajo coacción? Recordaban la sugerencia hecha por Orsini durante el cónclave, de que debían elegir un papa provisional. Si el papa «provisional» se hubiera mostrado razonable, todo habría ido bien. Pero, dadas las circunstancias...

Urbano se enteró de la conspiración y actuó con valor y dignidad, ofreciendo someter la validez de su elección a la prueba de un concilio, e incluso envió a tres cardenales italianos con propuestas de paz. La ya minúscula facción italiana sufrió poco después una baja con la muerte del anciano cardenal de San Pedro, el que se había visto obligado a representar el papel de papa bufo. Murió declarando que Urbano era el auténtico papa, pero su declaración fue ignorada. Los tres italianos supervivientes ni siquiera intentaron hacer lo poco que estaba en su mano y permanecieron neutrales. Circularon fundados rumores de que cada uno de ellos abrigaba la esperanza de ser elegido en un nuevo cónclave, pero su traición pasiva no recibió la adecuada recompensa. El Sacro Colegio eligió el 20 de septiembre a Roberto de Ginebra como nuevo papa; obediente a la tradición aviñonesa, tomó el nombre de *Clemente VII*. Urbano cumplió, demasiado tarde, su tan repetida amenaza: crear un buen número de cardenales italianos. En efecto, erigió otro Sacro Colegio en sustitución del que le había abandonado. A partir de entonces existieron dos curias distintas, cada una reproduciéndose a sí misma.

Quizá fuera el carácter violento de Urbano el responsable del estallido del conflicto, pero fue la política francesa la que se encargó luego de mantenerlo vivo. «Ahora soy papa», dijo el rey de Francia, entre burlón y alegre, al recibir la noticia de la elección de Clemente, y decía la verdad. Había alentado constantemente la rebelión de los cardenales, pasando por encima del clero francés que había decidido prudentemente que la situación de Italia les resultaba demasiado grotesca y confusa para tomar partido de momento por uno de los dos bandos. El cisma se estaba produciendo por motivos nacionales, no religiosos, y el desarrollo posterior de los acontecimientos demostró claramente que lo que contaba en realidad era la amistad o la hostilidad hacia Francia. Y así, Inglaterra reconoció automáticamente a Urbano, mientras que Escocia, enemiga de Inglaterra y amiga de Francia, reconoció automáticamente a Clemente.

Los italianos dejaron muy claro de qué lado estaban sus simpatías. En cuanto le llegaron los primeros rumores, Catalina escribió una serie de cartas a los cardenales que levantaban ampollas.

Oh hombres, y no hombres, sino más bien demonios visibles, el desordenado amor que tenéis al estercolero de vuestro cuerpo, y a los placeres y posesiones de este mundo, os ciega tanto que, cuando el Vicario de Cristo —aquel a quien elegisteis por elección canónica— desea corregir vuestras vidas, vosotros expulsáis vuestro veneno y decís que no es un auténtico papa.¹⁵

Urbano reconoció en ella la voz de Italia, y tras la elección de Clemente la llamó a Roma, donde Catalina le dio muchos y buenos consejos. Fue ella quien, cuando ya era inminente el inevitable choque armado, consiguió con su elocuencia un campeón militar para Urbano y para Italia. Alberico da Barbiano, un joven noble italiano, mandaba una compañía de mercenarios exclusivamente italianos. Catalina le pidió ayuda en una de sus asombrosas cartas, capaces de convencer al más terco. Barbiano se dirigió a marchas forzadas hacia el Sur con sus tropas, interceptó a Clemente frente a los muros de Roma y destruyó completamente su ejército.

Fue un presagio muy alentador: por primera vez en muchas generaciones, un ejército exclusivamente italiano había luchado en campo abierto y destruido a los extranjeros que se habían atrevido

14. Grottanelli, Carta 3.

15. B. M. Harleian 3480, 312, citado en Gardner, 282.

a amenazar el corazón de Italia. Barbiano entró en Roma triunfalmente, y Urbano le regaló una hermosa bandera de seda que llevaba bordadas las palabras: «Italia liberada de los bárbaros». La guarnición francesa de Sant'Angelo se rindió, Clemente huyó a Nápoles y, desesperando de encontrar apoyo en Italia, se embarcó poco después rumbo a Aviñón. La primera escaramuza había terminado con una clara victoria de Urbano.

La larga marcha

Con la huida de Clemente a los seis meses justos de su elección cismática, Urbano se quedó sin enemigos de importancia en Italia. Si hubiese sido un hombre normal y capaz de controlarse, el Gran Cisma se habría convertido en aquel mismo momento en cosa del pasado. Los juristas habrían continuado discutiendo los puntos más espinosos de la cuestión durante décadas, pero la curia de Aviñón habría degenerado rápidamente en una corte fantasma, una vez convencida Europa de que Urbano conservaba la ciudad sagrada para sí mismo y contaba con el apoyo de los italianos. Pero aquel apoyo no era ni cálido ni afectuoso. El seco burócrata seguía coexistiendo con el violento papa. Sin embargo, Urbano tenía una gran ventaja sobre su enemigo: era italiano. Y tenía al menos una política de base: se quedaría en Italia. Los italianos le perdonarían todo lo demás.

Pero existía otro factor que acabó destruyendo las ventajas iniciales de Urbano: no era un italiano corriente; era un napolitano. La traición de la reina Juana al dar asilo a Clemente fue para él una afrenta personal. Hasta entonces, Urbano había tenido siempre un hogar, una *patria*: Nápoles. Había conseguido salir de las pestilentes y estrechas callejuelas que habían dado mezquino cobijo a su niñez y juventud, y había ido escalando puestos, alejándose con gran esfuerzo de aquella inmundicia que era el patrimonio de la mayoría de los napolitanos. Su deseo de regresar a su ciudad natal rodeado de la pompa papal era muy humano. Y también resultó fatal.

Pero, dejando a un lado sus sentimientos personales, Urbano no podía eludir la eterna «cuestión napolitana», el problema que todos los papas tenían que abordar antes o después. Nápoles era algo más

que un lugar: era una idea. La gran ciudad, escuálida y bella sobre su soberbia bahía, era el corazón del Estado más extenso que conocería Italia en seiscientos años. El «Reino de las Dos Sicilias», curioso y resonante nombre, era un vasto territorio que incluía Sicilia y toda la Italia meridional, casi hasta la altura de Roma, donde sus fronteras entraban en contacto con los Estados Pontificios. Esta tierra había sido invadida sucesivamente por bizantinos, sarracenos, normandos y teutones, bien desde el mar, bien descendiendo por la bota italiana. Todas las oleadas de invasores, tras un primer período de dominio, habían sido finalmente absorbidas, todas habían contribuido con sus peculiaridades a crear una cultura que para los italianos del Norte era tan extraña como la de cualquier raza no italiana. Compartían la misma parcela de continente, y su dialecto recordaba vagamente el italiano; pero, aparte de esto, el reino no tenía apenas rasgos en común con sus vecinos de la península.

Hacía poco más de un siglo que se habían establecido en él los últimos conquistadores extranjeros. Eran los angevinos, vástagos de aquella increíble casa de Anjou cuyos tentáculos se extendían desde Francia a Inglaterra, y ahora reptaban desde Nápoles hacia el Este, hacia Hungría. Primero se habían establecido en Sicilia, donde ejercieron esa curiosa tiranía que los franceses parecen imponer siempre cuando gobiernan a sus vecinos meridionales, una tiranía que iba más allá del ejercicio del poder y llegaba a la humillación personal. Los isleños se rebelaron en las terribles «Vísperas Sicilianas», durante las cuales miles de franceses —hombres, mujeres y niños— fueron sacrificados en un frenesí de odio racial. Sin embargo, el sistema angevino de matrimonios dinásticos había extendido su poder por todo el Sur de Italia, e incluso en la otra orilla del Adriático. Retoños de la casa gobernaban en Sicilia y Nápoles, Tarento, Durazzo y Hungría. En cada generación, una u otra de las ramas intentaba dominar a las demás. Nápoles era la presa mayor, y las feroces luchas dinásticas hicieron de la política napolitana algo muy peligroso, incluso dentro de las normas italianas.

Los problemas de Urbano empezaron con la monarca entonces reinante en Nápoles, Juana. «La douce reine», la llamaban los franceses, e incluso ahora, ya metida en los cincuenta, poseía un raro encanto, una mezcla de belleza sensual y majestad natural, de ingenio agudo y considerable cultura. Petrarca y Giovanni Bocaccio, cada cual a su modo, rindieron su tributo a la reina y la cultivada corte que había heredado y conservado. Petrarca —quizás el más grande de los intelectuales europeos entonces vivos— consideraba un honor el que le dieran un puesto en aquellos tribunales de amor que Juana

gustaba presidir, y en los que el arte de la conversación era tan apreciado como el del galateo. Bocaccio, tan experto en mujeres como Petrarca lo era en cultura, la consideraba «hermosa y gentil», le dedicó sus cuentos y la inmortalizó en su galería de grandes mujeres, pero se negó cautelosamente a decir si la creía culpable o inocente del asesinato de su marido.

Pues ésta era la nube que ensombreció los días de triunfo de Juana, la tragedia que arrastró durante toda su vida y la llevó finalmente a una muerte violenta y vergonzosa. Cuando era una niña de cinco años, casaron a Juana con su primo Andrés, el heredero de la rama húngara de la familia, que entonces tenía sólo siete años. Fue un intento desesperado de fundir dos ramas que se separaban cada vez más, y fracasó por completo. Andrés era una persona torpe y tosca —casi un retrasado mental—, y estaba completamente influido por sus salvajes compatriotas que acudieron en bandadas a Nápoles con motivo de su matrimonio. En el tolerante ambiente de Nápoles era bastante natural que Juana —alegre, intelectual, risueña— encontrara, al llegar a la madurez, un amante entre su propio pueblo. Andrés fue asesinado, víctima de una batalla política; pero fue asesinado por el amante de Juana y, de hecho, fue llevado a la muerte desde la alcoba de Juana. Toda Europa tomó partido en la cuestión de la inocencia o la culpabilidad de la muchacha. Ella llevó su caso a Aviñón, le suplicó personalmente a Clemente VI y fue declarada inocente. Pero todos conocían la debilidad de Clemente hacia las mujeres. Fue un juez más que benévolo para esta joven bella y elocuente por cuyas venas corría la sangre de una gran casa francesa. Italia, en general, se reservó su opinión, pero los parientes de Andrés juraron en Hungría que le vengarían en cuanto lo permitieran las circunstancias.

Las relaciones entre Juana y Urbano fueron muy curiosas. Ella se alegró sinceramente al enterarse de su elección. Le había enviado ayuda militar durante los primeros días del cisma, a pesar de los estúpidos insultos con que la había ofendido. Nadie sabe realmente por qué decidió de pronto reconocer a Clemente, pagarle a éste el dinero que le debía a Urbano y concederle asilo en Nápoles. Quizá fuera víctima de sus cortesanos, la mayoría de los cuales trabajaban para Francia; quizá estuviera convencida de que la línea de la sucesión papal tenía que pasar por Aviñón; o quizá actuara por puro capricho, pues Juana era muy mujer, además de reina. El caso es que Urbano se encontró con que su ciudad natal le cerraba las puertas.

Urbano, por su parte, recibió con alegría la ayuda de Juana, y

cuando ésta empezó a mostrarse cada vez más fría con él, incluso pensó en enviar a Catalina a Nápoles para traerla de nuevo al buen camino. Pero entonces surgió un nuevo plan en su enfebrecido cerebro, un plan basado en el peor de los nepotismos. Quizá sea un buen índice de la situación de aislamiento y soledad extrema en que se encontraba Urbano el hecho de que él, el sincero enemigo de la simonía en cualquiera de sus formas, cayera víctima del más sombrío pecado papal, destruyendo todo lo que había conseguido para que progresara su sobrino, Francesco Prignano. Al contrario que muchos «sobrinos» papales, el joven Prignano no era bastardo de su «tío», pues la virtud de Urbano en este sentido era irreprochable. Pero aquí se acaba todo lo que se puede decir en favor de Francesco. «Butillo» («Gordo»), le llamaban los napolitanos. Era un hombre pesado, estúpido, aficionado a los placeres más burdos, que se había pasado la vida esperando que otros hicieran algo por él. Ese era el hombre por cuyo interés sería asesinada una infortunada mujer y atormentado un gran reino.

Movido por diversas causas —el deseo de brillar en su ciudad natal, el nepotismo, quizá también el deseo de invertir el sospechoso veredicto emitido en Aviñón veinte años atrás y derrotar así a los impíos—, Urbano buscó un campeón que derribara a Juana. Y lo encontró en la persona de Carlos de Durazzo, pariente de la reina y del asesinado Andrés. Carlos aceptó emprender la cruzada contra Juana a cambio de la corona del reino, y llegó a Roma en 1380, donde él y Urbano pusieron a punto los detalles del plan. El papa proclamaría la guerra santa y la financiaría, conseguiría mercenarios, después la corona y, por último, unguiría al pretendiente. A cambio, Carlos se comprometía a confirmar a «Butillo» en su posesión de las zonas más ricas del reino, zonas que Urbano ya había elegido: Capua y Amalfi, Salerno, Fondi, Caserta, Sorrento. Es imposible saber si Carlos tenía o no intención de entregar realmente a «Butillo» esas vitales ciudades del reino. Pero el caso es que Urbano se consideró satisfecho, le coronó rey de Nápoles y Carlos salió de Roma para iniciar la campaña en el verano de 1381. Las iglesias de Roma fueron despojadas una vez más de sus tesoros negociables para financiarla.

Juana se dio cuenta del peligro que corría, y también buscó desesperadamente un campeón. Nombró heredero a un miembro de la rama principal de la familia, invitó a Italia a Luis de Anjou, hermano del rey de Francia, y tejió y remendó aquella espesa malla angevina que estaba estrangulando el Sur de Italia. Luis se puso en marcha, pero avanzó lentamente, y Carlos pudo poner cerco a

Nápoles sin interferencias. Con su generosidad y falta de previsión características, Juana acogió en su castillo a todos los que pidieron asilo en él, y, en consecuencia, los alimentos empezaron a escasear pronto. Al fin, tuvo que rendirse a Carlos, entregándose personalmente a su merced.

No era una vana esperanza, pues Carlos era un hombre bravo y galante, muy querido por los que le conocían. Si el conflicto se hubiese terminado con la rendición de Juana, es muy probable que la reina hubiese salvado la vida. Pero Luis de Anjou, cuyo retraso le había costado a Juana la libertad, corrió ahora a ayudarla, con lo cual firmó su sentencia de muerte. Carlos se previno de la rebelión de los napolitanos asesinando a Juana. Unos dicen que fue ejecutada por el mismo procedimiento utilizado con su marido —estrangulada con una cuerda de seda— y que su cuerpo fue expuesto en la plaza del mercado.

Resulta difícil aceptar que Urbano creyera realmente que Carlos iba a cumplir sus promesas. A cualquier político experimentado le hubiese resultado evidente que Carlos de Durazzo no había emprendido una larga y peligrosa campaña para darle grandes posesiones a Francesco Prignano. Pero Urbano tenía poca experiencia en cuestiones políticas y militares. Lo único que veía era que Carlos estaba acabando su guerra y que su amado sobrino seguía tan alejado como siempre de sus propiedades. Una serie de demandas perentorias e instrucciones inverosímiles habían obtenido como respuesta, primero evasivas, y después algo que se aproximaba a la burla. En su opinión, sólo se podía hacer una cosa: ir personalmente a Nápoles. Sus cardenales recibieron atónitos la noticia, pues, además, no tenía intención de dejarlos atrás para que conspiraran libremente contra él. Toda la curia se pondría en movimiento para iniciar un nuevo peregrinaje.

Las protestas de los cardenales no estaban necesariamente basadas en una repugnancia egoísta a dejar la relativa seguridad de Roma para afrontar los peligros del salvaje Sur. Sabían que únicamente la presencia física de Urbano en Roma podía mantener a los romanos en algo parecido a la obediencia, y así se lo dijeron. Pero él ignoró protestas y argumentos. Si Catalina de Siena hubiese estado aún viva, quizás habría podido hacerle desistir de aquella empresa de locos, o al menos haber evitado algunos excesos que se iban a producir en la guerra napolitana. Pero había muerto, consumida a los treinta y tres años, en 1380, poco después de que Carlos dejara la ciudad. Urbano dio órdenes, reunió un heterogéneo ejército de mercenarios, y, en abril de 1383, la curia salió de Roma. Pasarían

cinco años y medio hasta su regreso; volvería desmoralizada y diezmada, no por las privaciones sufridas, sino por los asesinatos.

Urbano entró en Nápoles cuatro meses después de su salida de Roma. La situación era peor de lo que había temido, si es que esto era posible. En Aversa, a pocos kilómetros de la ciudad, permaneció cinco días virtualmente prisionero de Carlos, quien rechazó todas sus demandas. Furioso, pero impotente, había conseguido al fin su libertad y el vacío honor de una entrada ceremoniosa en Nápoles. Después le ignoraron. No tenía suficientes tropas para hacer sentir su desagrado, y los napolitanos, de quienes había esperado tanto, le recibieron con algo menos que entusiasmo. Había tenido la precaución de enviar por delante a su legado, el cardenal Sangro, para que limpiara la ciudad de clementinos. El hecho de que Sangro desempeñara su tarea con refinada crueldad no significó nada para los napolitanos. Les dejaba bastante indiferentes el destino que pudieran correr unos cuantos prelados, pero les molestó bastante el final de los preocupados días del reinado de Juana. «Butillo» atrajo sobre sí buena parte de su odio, pues se conducía como si ya fuese el rey. Conquistó un nuevo record de bajeza cuando raptó a una joven noble de un convento, se encerró con ella en una casa y la violó protegido por las espadas papales. Los furiosos parientes de la joven se presentaron en masa ante Urbano para protestar, exigiendo el castigo de «Butillo». «No es más que un muchacho», replicó Urbano, rechazando sus protestas. Su sobrino tenía entonces cuarenta años.

Tras una primavera y un verano tensos, durante los cuales las relaciones entre Urbano y Carlos empeoraron constantemente, el papa abandonó Nápoles. Pero no volvió al Norte, a la civilización y la salubridad, como esperaba la curia, sino que avanzó unos pocos kilómetros más hacia el sur, hasta la ciudad de Nocera, no lejos de Pompeya. Era una urbe agradable, aunque pequeña. Estaba cerca del mar y la brisa hacía algo más soportable el agobiante calor del verano meridional. Pero, para los cardenales, aquello era el fin del mundo, una sucursal del infierno. El castillo no era lo bastante grande para albergar a toda la corte, y muchos servidores y funcionarios tuvieron que repartirse por la ciudad, añadiendo razones de incomodidad doméstica a las otras quejas de los cardenales.

Muchos cardenales eran napolitanos, criaturas dóciles que hacían lo que se les decía y estaban acostumbradas a las particularidades de este curioso país. Pero había también un buen número que no eran napolitanos, y hasta un puñado de no italianos, en el Colegio de Urbano, entre ellos el cardenal Sangro y un inglés, Adam Easton. Los

dos habían intentado convencer al papa para que volviera a Roma, pero al ver que sus razonamientos no servían de nada, que el Papado parecía enterrarse indefinidamente en aquella pequeña ciudad serrana, empezaron a conspirar.

Fueron unos conspiradores notablemente ineptos. En realidad, toda su culpa parece haber consistido en una discusión bastante académica con colegas más o menos simpatizantes sobre si Urbano podía o no ser canónicamente depuesto. Uno de ellos llegó al extremo de plantear la posibilidad de quemar a Urbano por hereje, magnífico ejemplo de venta de la piel del león cuando la fiera está aún viva. Pero ninguno hizo nada concreto, cosa de la que se arrepentirían después. Uno de los participantes en las discusiones consideró prudente poner el asunto en conocimiento de Urbano. El 10 de enero por la noche, seis cabecillas fueron arrestados y arrojados a una cisterna hasta que Urbano decidiera lo que se debía hacer con ellos.

Dietrich von Niem es el irrecusable testigo de lo que ocurrió a continuación. Dietrich era alemán, de treinta y cinco años de edad por entonces, bastante activo, bastante impasible, muy leído, aunque carente de imaginación, y completamente consagrado a Urbano. Había estado con él en los días de Aviñón; había permanecido constantemente a su lado durante los tumultuosos días del cónclave y el comienzo del cisma. Urbano confiaba en él como en ningún otro hombre, le trataba como a un hijo, un hijo al que quería a pesar de sus limitaciones. Dietrich nunca se permitió aconsejar a su señor, pero confiaba a su diario las preocupaciones que sentía, su convicción de que toda la curia se deslizaba lentamente hacia el desastre.

Unas noches después del arresto de los cardenales, Urbano mandó llamar a Dietrich. Para entonces, el alemán estaba casi seguro de que tenía que habérselas con un loco y estaba muy asustado, a pesar de lo cual acudió obedientemente a la llamada. No obstante, la ira de Urbano no estaba directamente relacionada con Dietrich, quien recibió, junto con otros cuatro funcionarios, la orden de «interrogar» a los cardenales. «Butillo» Prignano les acompañó para asegurarse de que el interrogatorio era llevado con el suficiente vigor. Los cardenales habían sido trasladados a celdas separadas, y los interrogadores iban de una a otra, buscando los orígenes de la conspiración por medios relativamente humanos. «Butillo» prometía benevolencia si confesaban. Pero no les sacaron nada de gran valor, pues no había mucho que sacar.

Esa misma noche, Dietrich fue a ver a Urbano. Tenía la fuerte sospecha de que el interrogatorio no se iba a limitar a procedimientos puramente verbales y, decidiéndose a arriesgar el pellejo,

se atrevió a advertir a Urbano que estaba alejando definitivamente a servidores leales, y le rogó que tuviese piedad de los cardenales. Urbano casi sufre un colapso. Empezó a gritar hasta enronquecer, su rostro «lameaba como una lámpara», y arrojaba sin cesar «pruebas» de la culpabilidad de los cardenales al rostro de Dietrich. El joven cerró prudentemente la boca y salió de la habitación. Su gesto había sido valiente pero inútil.

Siguieron tres días de «interrogatorio», y entonces Urbano dio la orden de que se les aplicara el «tratamiento», es decir, la tortura. Los interrogadores pusieron obedientemente manos a la obra. A Dietrich le impresionó sobre todo el «tratamiento» recibido por el cardenal Sangro. El corpulento viejo fue sometido al suplicio del *strappado*. Fue izado tres veces hasta el techo, y las tres veces le dejaron caer pesadamente al suelo. Dietrich intentó persuadirle de que confesara, de que dijera cualquier cosa, pero Sangro se veía obligado a contestar que no tenía nada que decir. «Butillo», mientras tanto, se reía a carcajadas, como si aquello fuese muy cómico.

El trabajo de la mañana no satisfizo a Urbano. Le dijo a Dietrich y a los otros que no había podido soportar los gritos de Sangro. Tendrían que mejorar sus métodos o recurrir a otros. Cuando se reanudó la faena al día siguiente con la próxima víctima, Urbano se dedicó a pasear arriba y abajo por el jardín al que daba la celda, leyendo en voz alta su breviario para que los desganados torturadores pudieran oír su voz y se sintieran estimulados en su tarea. Dietrich ya tenía bastante al final de la sesión. Ni su lealtad podía soportar la tortura de hombres entrados en años, y salió subrepticamente del castillo, camino de Nápoles. El trabajo continuó sin él.

Carlos y Urbano estaban ahora en guerra abierta. Urbano excomulgó a su reciente campeón, puso a Nápoles bajo interdicto y anunció su intención de coronar a su sobrino rey de Nápoles. Carlos respondió enviando un ejército que sitió Nocera, y entregó el mando de las tropas a otro ex campeón de Urbano, el «condottiero» Alberico da Barbiano. Heraldos napolitanos anunciaron en las afueras de Nocera que se recompensaría con diez mil florines de oro a quien entregara al papa... vivo o muerto. Urbano nunca había sido un cobarde, y su respuesta a tan sacrilega proclama fue aparecer en una de las ventanas del castillo con campanilla, misal y cirio, rociar con maldiciones al ejército desplegado a sus pies y excomulgar a todos y cada uno de sus hombres. Según un observador, lo hacía tres o cuatro veces al día, escapando milagrosamente a la lluvia de flechas con que era acogida cada una de sus apariciones.

Nocera cayó, pero el castillo resistió, y el 5 de julio llegaron

refuerzos. Fueron tardíos e insuficientes, pero pusieron fin a una situación insostenible. Uno de los señores locales, por alguna razón de odio personal, rompió con Carlos, se abrió camino a través de las líneas napolitanas y escoltó la salida de Urbano del castillo. Carlos se sintió bastante aliviado al verle marchar; de hecho, es posible que la escapada estuviera preparada de antemano, pues nadie persiguió al papa mientras atravesaba una zona infectada de soldados napolitanos. Consiguió ponerse en contacto con uno de los pocos partidarios que le quedaban en Italia, el dux de Génova, quien prometió enviar una flota de galeras genovesas si el grupo conseguía abrirse camino hasta la costa.

Bajo un sol abrasador, la diezmada curia se arrastró desmayadamente por la costa en busca de las galeras. Los cardenales torturados iban también en el cortejo, aunque los pobres apenas si eran capaces de mantenerse sobre las sillas de sus agotadas monturas. Urbano no había terminado todavía con ellos. Uno de los encausados, el obispo de Aquila, se las arregló para excitar las sospechas de Urbano, a pesar de su debilitado estado. Fue asesinado allí mismo, en presencia de sus horrorizados compañeros. Dejaron el cuerpo abandonado al borde del camino y el grupo continuó la marcha. Muchos hubieran huido de buena gana, pero se lo impedía la presencia de los mercenarios. Urbano no había podido pagar a los soldados, quienes ahora no le miraban ya como patrono, sino como presa por la que pedir un buen rescate.

La curia llegó a la orilla del mar y comprobó que las galeras no habían llegado. Alguien había pasado por alto el hecho de que Nápoles estaba en manos de los enemigos de Urbano; la flota había puesto rumbo a la costa del Adriático. El grupo dio media vuelta y atravesó penosamente la península hasta llegar a un puerto del Adriático. Allí los encontraron los genoveses, los subieron a bordo y se los llevaron a Génova.

Urbano permaneció dieciocho meses en esta ciudad. Y mucho antes de que finalizara su estancia, el dux lamentó amargamente haber concedido asilo a semejante loco. Urbano estaba obsesionado con una idea: reunir un ejército y atacar nuevamente Nápoles. Todo lo demás quedaba subordinado a esto. Las actividades de su rival de Aviñón parecían tenerle sin cuidado; las protestas y súplicas que llegaban de Roma, sumida nuevamente en el caos, fueron ignoradas. Entró en conflicto con los genoveses casi inmediatamente. La ciudad era una república y estaba dispuesta a aceptar a Urbano como el papa auténtico, pero a lo que, desde luego, no estaba dispuesta era a aceptar intromisiones autocráticas en su Constitución. Los ciudadanos le

hicieron ver muy claro que, a sus ojos, el terrible Urbano era un simple refugiado, y que, como tal, debía conducirse con gratitud y prudencia. Los padres de la ciudad se negaron a consentir que su banda de mercenarios merodeara por las calles poniendo en peligro el delicado equilibrio de la paz urbana. Pero lo que más escandalizó a los genoveses fue el trato que daba a sus cardenales.

La promesa de liberar a los cardenales en cuanto llegara a Génova formaba parte del precio a pagar por la ayuda genovesa, aparte de los 130.000 florines del alquiler de las galeras. Pero se negó a hacerlo, y se puso más y más truculento cuanto más insistían los genoveses. Unos ciudadanos hicieron un gallardo aunque inoportuno intento de libertar a los prisioneros. De los seis que quedaban, cinco fueron asesinados inmediatamente: enterrados vivos según unos informes, metidos en sacos y arrojados al mar según otros. Al sexto, Adam Easton, le salvó la vida la firmeza de su rey, Ricardo II, que no había cesado en sus intentos de conseguir su libertad. A Urbano le quedaba todavía el suficiente sentido político para no enajenarse gratuitamente el apoyo del poderoso monarca inglés, y poco después liberó a su prisionero.

Los asesinatos se cometieron en la noche del 15 de diciembre; a primera hora de la mañana siguiente, Urbano salió de Génova. Hay pocas dudas de que, si se hubiera quedado, los genoveses se habrían tomado la justicia por su mano, eliminando a uno de los dos papas del cisma. Navegó hasta Lucca y luego fue por tierra hasta Perusa, donde sus agentes estaban reuniendo un ejército de mercenarios para atacar Nápoles.

La última cruzada contra Nápoles acabó en un humillante fracaso antes de que el autollamado ejército hubiese cruzado las fronteras del reino. Los mercenarios que los agentes de Urbano habían podido conseguir eran las heces de la profesión, pues el papa tenía muy mala reputación como patrono tiránico y pagador muy moroso. El reclutamiento sólo había sido posible pagando una cantidad por adelantado y prometiendo la entrega de más dinero en ruta. La marcha empezó con bastante gallardía. Urbano la encabezó personalmente desde Perusa y se reservó el bastón de mando. «San Pedro en persona», le llamó algún adulator, o algún burlón. Pero las tropas no se dejaron impresionar por ello, y la marcha terminó unas millas más al sur, cuando el grueso de los soldados, acogiéndose a una oscura cláusula de su contrato, anunció por medio de sus jefes que abandonaban la campaña.

Urbano se enfureció en vano; no había dinero ni podía haberlo, y los mercenarios se marcharon en busca de un patrón que pagara

mejor. Se quedó con sólo unos cientos de hombres. La desherrapada partida avanzó lentamente hacia Umbría. Las dudas y los temores asaltaron al normalmente valeroso papa por primera vez en toda su carrera. Probablemente, la culpa fue de unas fiebres que contrajo en Nápoles e iban acompañadas de alucinaciones en las que se le aparecía el apóstol y le señalaba enérgicamente el camino de Roma. La aparición de uno de los innumerables ermitaños que pululaban por la campiña italiana dio una base real a estas visiones. «Irás a Roma lo quieras o no —le dijo a Urbano—, pues en Roma debes morir.» La desmoralización de Urbano debía de ser muy grande cuando no atravesó al ermitaño con una lanza allí mismo.

Hasta Urbano tuvo que admitir la derrota. Avisos sobrenaturales aparte, la idea de atacar Nápoles con las fuerzas a su mando era absurda. Además, estaba enfermo, de cuerpo y de espíritu, y tuvo que recorrer las últimas millas en una litera. Decidió regresar a Roma cuando ya estaba cerca de la frontera napolitana. Entró en la ciudad, aún en su litera, en septiembre de 1388.

A Urbano le quedaba un año justo de vida, un año que pasó en permanente y violento conflicto con los romanos. La realidad del ejercicio del poder en una ciudad que ahora conocía el sabor de la independencia se encargó de desvanecer el sueño de reinos luminosos. A pesar de su cuerpo debilitado por las fiebres, redujo al orden a aquel pueblo tumultuoso, y fue capaz de imponer su voluntad en la más anárquica de las ciudades. Al menos allí era el rey, y aunque las grandes familias le odiaban, trajo cierta paz a la plebe y se ganó un frío respeto. Murió el 15 de octubre de 1389. Dietrich von Niem, que había vuelto a su lado en Génova, estuvo junto a su lecho de muerte.

La intransigencia de Urbano fue en buena parte la causa del cisma, pero su muerte no acabó con él, pues los dos Colegios de cardenales de Roma y Aviñón, ambos auto-perpetuándose y mutuamente excluyentes, continuaron eligiendo cada cual su papa.

El breve pero violento reinado del burócrata napolitano había planteado un problema insoluble sobre la naturaleza del poder espiritual, problema complementario del planteado por Bonifacio VIII. Las pretensiones de Bonifacio al poder temporal universal habían encontrado una respuesta brutal y definitiva. Las pretensiones de Urbano al poder espiritual universal fueron heredadas por su inmediato sucesor en Roma, pero las contrapretensiones de Aviñón nunca fueron refutadas, sólo ignoradas. Veinte años después de su

muerte, los cardenales de Roma y Aviñón, desesperando de encontrar otra solución, se reunieron en concilio, depusieron a ambos papas y nombraron a un sucesor único, pero aquello sólo sirvió para complicar el problema.

El resultado del concilio fue que, donde hasta entonces había habido dos papas, ahora había tres. ¿Cuál era el verdadero? ¿El elegido en Aviñón, el elegido en Roma, o el elegido por el concilio? ¿Qué era, a fin de cuentas, un anti-papa? Aquel que no había sido elegido canónicamente, respondían los canonistas. Pero, ¿qué era una elección canónica? Trescientos años antes, en los oscuros días del siglo x, cierto sacerdote llamado Bonifacio Franco había asesinado al pontífice reinante, proclamándose papa con el nombre de Bonifacio VII. Después huyó, regresó, asesinó al que ocupaba entonces la Silla, y, en un acceso de legalismo, tuvo buen cuidado de fechar su reinado a partir del primero, no del segundo asesinato, condenando con ello a la inexistencia legal a los dos papas que habían reinado en el ínterin. Seguro que ésta fue la elección más sospechosa de la historia desde un punto de vista canónico. Y, sin embargo, aquel gran jurista llamado Benedicto Gaetani había adoptado el nombre de Bonifacio VIII, reconociendo tácitamente la legalidad de Bonifacio VII. Si semejante hombre podía figurar en la lista de los papas legítimos, ¿qué razones había para excluir al austero Benedicto XIII, el papa aviñonés que había sucedido al rival de Urbano?

Benedicto, desde luego, no veía ninguna razón, y defendió tenazmente su posición veintisiete años, durante los cuales vio desfilar a siete papas elegidos por Roma o por un concilio. Los franceses, temerosos del escándalo como los que más, le negaron su obediencia junto con su apoyo financiero, y él se vio obligado a retirarse a España, donde reinó hasta su muerte sobre unas cuantas hectáreas de territorio. Firmemente convencido hasta el final de su legitimidad, nombró cuatro cardenales, quienes, perfectamente compenetrados con el espíritu del juego, nombraron a su muerte un sucesor.

Pero Europa se había rebelado mucho antes de la muerte de Benedicto, obligando al Papado a salvar con un rodeo aquel obstáculo insalvable. Seis naciones europeas acudieron al Concilio de Constanza de 1415, discutieron el destino del Papado y depusieron sin contemplaciones a los tres papas reinantes: Benedicto XIII; el papa «romano» Gregorio XII, que salvó la cara abdicando; y la bizarra figura de Baldassare Cossa —ex pirata, ex «condottiero»—, quien de alguna manera había salido elegido en el concilio anterior con el nombre de Juan XXIII.

Pero la deposición no bastaba; era necesaria la unanimidad en

la elección de un sucesor. El concilio delegó su poder en lo que era prácticamente un comité nombrado por las naciones de Europa, y ese comité eligió a un miembro de la casa de los Colonna, quien adoptó el nombre de Martín V. El indomable Benedicto se negó a reconocer la elección, y durante toda una generación aparecieron esporádicamente otros antipapas en diversos momentos y lugares. Pero ninguno obtuvo respaldo suficiente, y el nombre de Martín V pasó a la Historia como el legítimo sucesor de san Pedro. El concilio no se pronunció sobre la legitimidad de los papas aviñoneses y conciliares, con resultados bastante extraños para los títulos escogidos por los papas posteriores. Así, Rodrigo Borgia adoptó el nombre de Alejandro VI, reconociendo con ello la legitimidad del Alejandro V, elegido por el primer concilio de Pisa, pero Julio de Médicis se llamó Clemente VII, condenando al olvido al rival de Urbano, que había sido el primer impulsor del gran cisma. Y hasta 1958 no se colocó el sello del olvido sobre el primer Juan XXIII, cuando Angelo Roncalli adoptó valerosamente ese nombre, restituyéndole con creces su dignidad.